

EL NOMBRE DE LOS MONTES ASTURIANOS

Julio Concepción acaba de publicar un Diccionario toponímico de la montaña asturiana prudente, creativo, documentado y supervisado hasta el detalle

Escribir un diccionario no es labor fácil, y, si es etimológico, resulta tarea ardua y arriesgada, pues el lingüista ha de enfrentarse con problemas y dificultades a veces casi insalvables

DICCIONARIO TOPONÍMICO DE LA MONTAÑA
ASTURIANA
Julio Concepción Suárez.
KRK Ediciones.
825 páginas.

MARTA TORAL

Un diccionario etimológico es el que estudia el origen de las palabras y, en este caso, el de topónimos de la montaña asturiana. Dar la etimología de una palabra es explicar con qué elementos se ha constituido y cómo ha llegado a tomar su forma moderna. **Julio Concepción** ha sabido aquí abordar enigmas etimológicos y, por ello, resulta una guía bien segura que estudia por vez primera cuestiones relativas al origen de estos nombres de lugar. Él se ha enfrentado con suma prudencia con las partes más problemáticas de los topónimos, y su formación lingüística le ha per-

mitido dar alguna orientación sobre esos términos de etimología más inaccesible. La valía de este Diccionario se deriva del esfuerzo, tesón y trabajo que ha realizado su autor por aportar datos, explicaciones, conclusiones, etcétera. Esta obra revela haber sido escrita y supervisada hasta los más mínimos detalles.

Además, no es posible fundamentar la etimología de un topónimo sin conocer a fondo el espacio geográfico abarcado y la vida de ese vocablo a través de los siglos. El autor demuestra conocer con precisión el «terreno» que pisa, tanto geográfico como lingüístico.

En la historia de los vocablos de cualquier lengua hay dificultades que plantean problemas de reconstrucción pero el autor no desiste, arriesga y con sentido común acude al «lenguaje del suelo», que nos «dice» cómo ciertos topónimos sirvieron a

los lugareños para precisar dónde abunda tal planta o hay agua en determinadas épocas del año (Fuentes d'Invierno o La Fervienza), qué forma tiene una roca o en qué peña reside un dios protector (Pena Reonda, La Penalba o Valdediós).

La base documental de este Diccionario ha sido posible gracias a las charlas con 373 informantes de más de 40 concejos situados en las faldas de los montes entre Ibias y Peñamellera: desde las brañas y con los brañeros más occidentales de Allande, Cangas del Narcea o Tineo, con los vaqueiros somedanos, teverganos, con los vaqueros quirosanos, riosanos, morciniegos, lenenses y con los vecinos del «Vache» Güerna; también con los alleranos, casinos, tatinos o ponguetos, sin olvidar a los pastores cabraliegos y a los del oriente de los Picos.

Pasa a la página siguiente

3 Lo que hay que oír. La brújula. 4 Artes. Música: Riesgos de «Operación triunfo». 5 Entrevistas: Javier Menéndez, Guillermo Summers y Andrés Trapiello. 6 N'asturiano. 7 Libros: 7 ciudades. Soserías. 8 El Milenio: El mito criminal del juego de rol.

Los topónimos responden a vida, costumbres y entorno

Viene de la página anterior

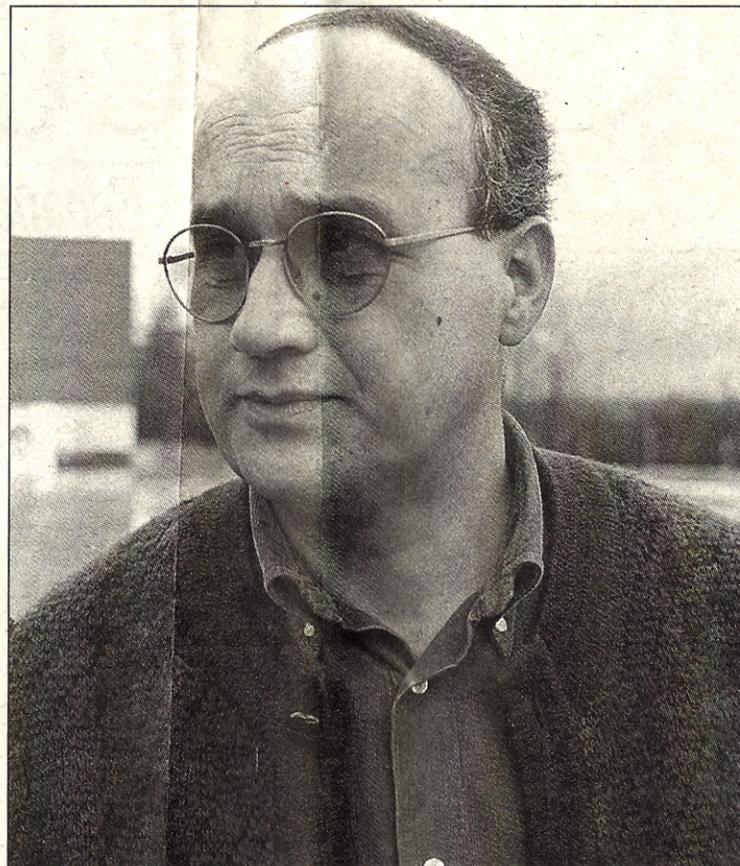
Además de los topónimos de puertos altos, este nuevo Diccionario recoge nombres de pueblos intermedios e incluso costeros, pues unos y otros participan de topónimos parecidos, originados por costumbres o geografías similares. El método utilizado, que el autor califica de «creativo, constructivo y con cierta imaginación», es doble: por un lado, acude al registro de lo oral, que implica escuchar a los lugareños cómo pronuncian y confirman ese topónimo que oyeron a sus abuelos y, por otro, ha tenido en cuenta los documentos escritos, de gran utilidad para la correcta interpretación de cada vocablo.

Con esta obra Julio Concepción se afana en poner luz sobre ciertos topónimos que se han deformado o distorsionado y que pueden ser engañosos para el investigador. Sirvan como muestra los casos siguientes que he entresacado. El desconocido monte Reres, que los casinos siempre llamaron Redes (voz procedente del latín retes «lazos, redes», que sin duda haría referencia a la costumbre ancestral de poner armadías para la caza y pesca en este espeso bosque). O el

asturiano de Riosa y Morcín), efectivamente L'Angliru es un lugar lleno de rincones, escondrijos y tollos que resultan a veces peligrosos.

En otros casos, sin embargo, los topónimos son lo que parecen, podríamos decir que son voces transparentes pues evocan más fácilmente lo designado en un principio; por ejemplo, La Faisanera, Las Zoreas o Chan del Curciu, que se refieren a los faisanes, azores o corzos, que regresaban a los lugares de cría.

En ocasiones, el topónimo incluye el nombre exacto de ciudades grandes y famosas, alejadas de estas zonas montañosas. Por ejemplo, La Vega la Valencia (Aller), La Barcelona (Lena) o La Veiga'l Brasil (Güerna). Dichos términos no son casuales, sino todo lo contrario: el sentido de la palabra Valencia, por ejemplo, sería el mismo en lugares bien alejados. La Valencia es una vega muy productiva, al abrigo del viento Norte, cuyo origen es el participio adjetival latino ualens, -entis («fuerte, vigoroso»), a través del sustantivo ualentia («poder, capacidad»); esta etimología —concluye— se aplicó en todos los



Julio Concepción.

«pozu», donde fueron halladas muertas meses después.

También incluye topónimos cuyos nombres no parecen tener nada que ver con lo designado: se trata de asociaciones etimológicas (la llamada «etimología popular»), llevadas a cabo por los lugareños que transformaron, por ejemplo, carabazas (de carba) en calabazas. En Somiedo, se halla El Tsagu la Calabazosa, lago entre altos cali-

ra (León); Cervià, Garrigues, Garriguella (Cataluña); Queiroz (Portugal); Carnac, Carcassonne, Cars, Chèr (Francia); Calabria, Cadóre (Italia).

No le faltan datos y razones al autor para defender la existencia de una base común que habría originado numerosos topónimos extendidos por amplias zonas geográficas.

Cada uno de los topónimos que recoge en este Diccionario es un trabajo de investigación en sí mismo que se estructura en cuatro partes bien diferenciadas, en las que estudia la palabra, el entorno, el campo toponímico y, finalmente, la etimología.

En primer lugar, Julio Concepción aborda la palabra, investiga su uso común y significado en el asturiano de las distintas zonas y su uso toponímico (dónde se aplica, qué tipo de zonas describe, cuál es su sentido o, en los casos más difíciles, con qué otras palabras pudiera estar en relación). A continuación, estudia el entorno geográfico del topónimo: la ubicación, los límites, las características pasadas y presentes de la zona (que él describe como un valle o un pico afilado o una cadena de calizas aserradas o una profunda depresión o una braña o un estrechamiento o un puerto de verano o una cumbre saliente y alomada o una zona empozada de pastos). En el apartado titulado campo toponímico, aglutina el autor todos aquellos topónimos con la misma base o raíz; por ejemplo, con La Canal de Resecu (M. Oc. Picos) relaciona Valseco, L'Anseca, Reguera Seca,

La fabricación de manteca ha dado lugar a nombres como Pena Manteiga o La Vega las Mantegas

los cabanegos Omnia (originado, según el autor, a partir de la raíz prerromana *ur-r, *or-r «altura» y el sufijo diminutivo latino -ellum, raíz y sufijo se aplicarían a un «peñón pequeño en metros y largo en escalada»); por ello, el nombre Naranjo parece forastero, debido quizás a una mala interpretación de Naranco o a los tonos del peñón cuando cae la tarde en los días de invierno. O el topónimo El Angleru frente a L'Angliru: voz que varía en la pronunciación de algunos vaqueros riosanos (Anguiliru o Anguliru, cuya vocal pretónica se ha perdido y parece ser clave para la correcta interpretación de ese término); L'Angliru —dice Julio Concepción— no debe relacionarse ni con anguilas ni con angulas, sino con la propia orografía del terreno «anguloso o angular» (proveniente del latín angulum «esquina, rincón, arista, canto, escondrijo» más el sufijo abundancial -ariu, posteriormente -iru en

fuertes.

No faltan tampoco en este Diccionario ejemplos de topónimos debidos a la imaginación popular, como es el caso de El Pozu las Muyeres Muertas, excavación antigua en el alto divisorio de Allande y Cangas del Narcea. El autor considera que su origen es las piedras mutsares («blandas»), procedente de la voz latina mollis («flexible, blando»), transformadas por transmisión oral, lo cual facilitaría la confusión popular entre mutsar («tipo de piedra blanda»), mûcher («mujer») y muyer. No obstante, como señala Julio Concepción, los lugareños de los pueblos altos de Allande tienen toda una interpretación popular: cuentan que unas vaqueras de Luarca habían regresado en el invierno en busca de unas mantas que habían olvidado en las cabañas de otoño y, al ser sorprendidas por una fuerte ventisca en los altos del Candal, se resguardaron en el

bas o zonas de pasuzai abierto de matorrales y monte bajo. Supone el autor que la etimología habría que relacionarla con la raíz preindoeuropea *kar-b, *kal-b («piedra»), más la vocal epentética a (*kal-a-b) y el sufijo abundancial.

En este Diccionario, el autor recoge unas 3.000 entradas, en las que reúne hasta 13.000 topónimos, aunque no están todos, pues son miles los topónimos que cubren las montañas y es tarea imposible inventariarlos al completo. No obstante, ya advierte Julio Concepción desde el principio que, a pesar de esa profusión de términos, las raíces de los mismos se reducen a unas centenas, pues con un lexema y distintos morfemas derivativos se consigue un buen número de topónimos. Esto, naturalmente, no es exclusivo de la montaña asturiana, sino que se repite en cualquier geografía: razones sustratísticas, o de la propia orografía del terreno o hábitos

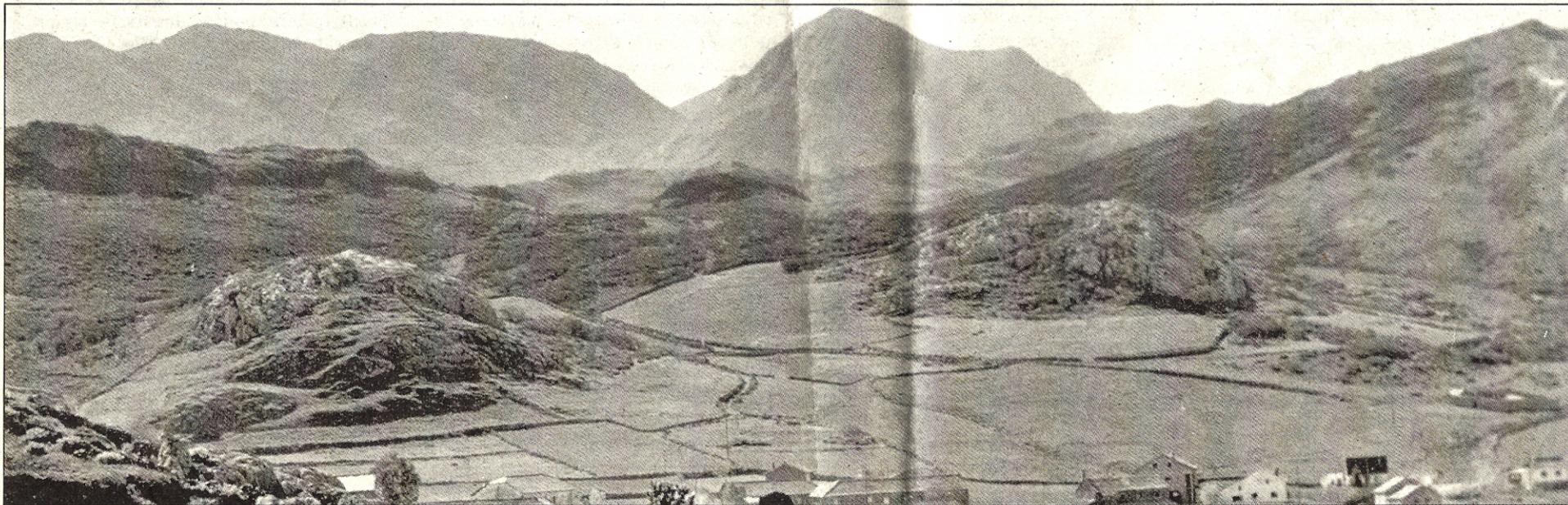
comunes facilitan esas coincidencias y repeticiones, que redundan en la propia economía del lenguaje.

Así, tareas como la fabricación de la manteca en las brañas dan lugar a topónimos parecidos que nombran el terreno ocupado: Pena Manteiga (Belmonte), Pena Mantega (Loredo, Mieres), El Colláu la Mantega (Los Anudos, Caso) o La Vega las Mantegas (Onís). Julio Concepción no se detiene aquí y refiere la existencia de cientos de palabras con una misma raíz, quizá debido a una misma cultura, de paso por lugares bien dispares. Por ejemplo, sobre una base preindoeuropea *k-r-, rastrea cientos de topónimos derivados y referidos a «la roca, la cumbre, lo escarpado de la montaña»: El Cares, Carangas, El Cueiro (Asturias); Cariño, Carrio, Quiroga (Galicia); Cármenes, Vega Cerve-

(bajo Peña Santa). Por último, aborda el estudio diacrónico del topónimo, desde su etimología: en unos casos esta es una voz latina (El Fondil) o parte de una raíz celta (Las Garametas) o de una voz de origen germánico (El Tapinón) o prerromano (Cuitu Nigru).

El Diccionario incluye, al final, 244 referencias bibliográficas: la mayoría estudios sobre toponimia europea (asturiana, gallega, castellana, catalana, aragonesa, riojana, andaluza, vasca, portuguesa, francesa, bretona, italiana, irlandesa o rusa), además de diccionarios etimológicos, toponímicos, antroponímicos, etcétera.

Este primer «Diccionario topónimo de la montaña asturiana» es un libro imprescindible para cuantos aspiran a conocer el porqué de estos nombres de montaña, y además, conociendo y analizando el topónimo, conoceremos algo de la vida, costumbres o entorno de sus gentes.



Santa María del Puerto (Somiedo).